

LA EVANGELIZACIÓN DE SANTA MARÍA DE GUADALUPE

ANA TERESA LÓPEZ DE LLERGO

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se pretende explicar lo que la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe sugirió a los nativos de América y a los europeos, en los primeros años después de sus apariciones, y de habernos dejado su imagen impresa en la tilma de Juan Diego. Precisamente, porque nos referimos sólo a aquellos años, no acudiremos a los descubrimientos que —con los avances tecnológicos— después se han encontrado en la bellísima impresión de Nuestra Señora. Tampoco nos detendremos en los argumentos sobre la historicidad de las apariciones y la veneración de la imagen de la Guadalupana¹.

Para cada grupo étnico, la Madre del Verbo y Madre de todos los hombres, trajo un mensaje que logró una remoción espiritual. Abrió a los indígenas a la verdadera fe, y a los católicos les ayudó a entender que todos somos hermanos, y a ver la importancia de acercarse a quienes tenían otras creencias a la auténtica religión, la revelada. Ella misma se hizo código y, en sus maravillosos diálogos con Juan Diego, usó

1. En 1556, Fray Francisco de Bustamante, Provincial de los franciscanos en México, negó en un sermón las apariciones y adjudicó la pintura a un indio llamado Marcos. En 1770, el filósofo Juan Bautista Muñoz negó la autenticidad de los hechos acaecidos en el Tepexyac, apoyado en el argumento «del silencio», pues ni Sahagún ni Motolinía hablaron de la Virgen de Guadalupe en sus relatos. El 12 de diciembre de 1794, el dominico fray Servando Teresa de Mier, afirmó que el culto a la Guadalupana se inició antes de la Conquista, cuando Santo Tomás apóstol, que era el mismo Quetzalcóatl, mostró la imagen pintada en su propia manta. (Cfr. REYES, A., *Fray Servando Teresa de Mier*, p. 35). En 1881, Joaquín García Icazbalceta manifestó al Arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos la importancia del argumento de Juan B. Muñoz. En 1986, Edmundo O'Gorman, prestigiado historiador, sembró dudas —especialmente entre los intelectuales— al editar su libro *Destierro de sombras*, donde expuso su estudio sobre los textos que abordan el tema y concluyó con la afirmación de que en 1555, el Arzobispo Alonso de Montúfar mandó colocar la imagen de la Virgen Inmaculada, copia de un modelo europeo (cfr. p. 281).

un lenguaje coloquial. De este modo, Nuestra Señora manifestó su celo evangelizador y preparó el arduo camino de los misioneros.

Juan Pablo II reconoce que:

«La aparición de María al indio Juan Diego, el año 1531, tuvo una repercusión decisiva para la evangelización. Este influjo va más allá de los confines de la nación mexicana, alcanzando todo el Continente. Y América, que históricamente ha sido y es crisol de pueblos, ha reconocido “en el rostro mestizo de la Virgen del Tepeyac, (...) en Santa María de Guadalupe, (...) un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada”. Por eso, no sólo en el Centro y en el Sur, sino también en el Norte del Continente, la Virgen de Guadalupe es venerada como Reina de toda América»².

1. LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

En el año de 1756, Miguel Cabrera³ expuso el resultado del estudio del ayate donde se encuentra la representación de Nuestra Señora de Guadalupe. El artista advirtió la perfecta conservación del lienzo, en un ambiente húmedo y salobre, a pesar de los hasta entonces 225 años de su existencia. Se maravilló de la desproporcionada elección de la fibra de maguey para ejecutar sobre ella tan excelente pintura. El lienzo, de color crudo, está formado por dos piezas unidas con hilo de algodón muy delgado, incapaz por sí de soportar cualquier violencia. Los colores están aplicados directamente, sin ningún aparejo. No hay contorno ni dintorno en la figura. La altura de María es de ocho rostros y dos tercios, distribuidos de la siguiente manera: el primero, desde el nacimiento del pelo hasta el extremo de la barba, el segundo llega hasta sus virginales pechos, y de allí los demás hasta sus sagradas plantas.

La Virgen aparece de catorce o quince años, su delicada simetría le conviene a la pequeña estatura; el rostro, ligeramente inclinado. Mano más que humana fue quien ejecutó tal obra. Hasta esa fecha nadie había pintado así. Se utilizaron cuatro especies de pintura: óleo para la cabeza y manos; temple en la túnica y en el ángel con las nubes; de aguazo el manto y labrada al temple para el fondo sobre el que caen los rayos del sol. El oro con que se representan las estrellas y los adornos de la túnica, está sobrepuesto como si fuera polvo, y se asemeja a las alas de mariposa. La túnica es rosada, y aparece más clara en donde la hiere la luz; hay también unas flores de extraño dibujo. El manto no es azul ni verde, sino una combinación de ambos. A las plantas de la Vir-

2. *Ecclesia in America*, n. 11.

3. Cfr. *Maravilla Americana*, en «El eco guadalupano» 3 a 29.

gen está el ángel, con las alas matizadas de modo nunca visto; las plumas se dividen en tres clases, unas de color azul finísimo, otras amarillas, y las terceras encarnadas. Los claroscuros de todo el conjunto son muy adecuados.

La pierna izquierda de la Morenita parece más corta, pero es debido al escorzo, pues el pie está retirado; sólo está apoyado el derecho, sobre la luna, de color tierra oscura. Sus manos miden dos tercios y medio de su rostro. El amabilísimo rostro no es delgado ni grueso, deja ver ojos, nariz y boca bien dibujados. La frente es proporcionada, el pelo negro, peinado a la usanza de las mujeres nobles. Las cejas delgadas y no rectas, los ojos bajos y cordiales. La nariz de bella armonía, la boca y la barba corresponden a toda esa proporción. Las partes de la camisa, que sobresalen en el cuello y en las mangas, tienen pequeños puntos de oro; en el cuello, hay una abertura abotonada con una medalla con el signo de la Santa Cruz de color negro. María lleva un cingulo morado de dos dedos de ancho y el manto, adornado por cuarenta y seis estrellas, le cubre moderadamente parte de la cabeza. El sol sirve de respaldo a Nuestra Señora, y parece estar reverberando.

No es difícil comprender que quienes estuvieron cerca de la tilma y observaron tal prodigio, confirmaron su fe.

2. LOS CÓDICES Y LAS CREENCIAS DE LOS NATURALES DE AMÉRICA

Desde la época prehispánica se acostumbraba relatar y conservar el recuerdo de sucesos importantes por medio de códices, los cuales no buscaban provocar emociones estéticas, sino dar forma plástica a concepciones religiosas⁴. Algunos mostraban genealogías; otros, costumbres ligadas a la vida cotidiana. Los había con representaciones de deidades o con temas astronómicos en los que los indígenas se apoyaban para sus augurios. Generalmente, en ellos se señalaban fechas que hacían posible ubicar los relatos. En los códices mayas había dibujos en negro; en los mixtecos, los colores eran muy importantes: usaban rojo, azul, púrpura, negro y gris.

La mitología era rica y variada; los habitantes de Tenochtitlán creían en un matrimonio de dioses que procreó cuatro hijos, de allí nació la creencia del ciclo de los cuatro soles. Cuando el último sol estaba a punto de extinguirse, se recreó porque un pequeño dios, Nanahuatzin, se sacrificó arrojándose al fuego. Así surgió el quinto sol. La consecuencia

4. Cfr. STEN, M., *Las extraordinarias historias de los códices mexicanos*, pp. 24 a 34.

de tal historia originó los sacrificios humanos, necesarios para alimentar con sangre al sol⁵.

Cuando Nuestra Señora de Guadalupe se manifestó delante del sol y posando sus plantas sobre la luna, muy probablemente los indígenas le reconocieron una dignidad superior. Además, los naturales de América conocían muy bien la posición de las estrellas, por lo que es lógico pensar que descubrieron las constelaciones en el manto de la Virgen, dato que después de muchos años conocimos los demás.

En el manto de la Virgen de Guadalupe se encuentra representado con mucha fidelidad, el cielo del solsticio de invierno de 1531 que tuvo lugar a las 10.40 del martes 12 de diciembre, hora de la ciudad de México.

Están representadas todas las constelaciones, que se extienden en el cielo visible a la hora de la salida del sol, y en el momento en que Juan Diego enseña su tilma (capa azteca) al obispo Zumárraga.

Caen las rosas que llevaba en ella, y aparece estampada en la tela la imagen de la Virgen.

En la parte derecha del manto se encuentran las principales constelaciones del cielo del Norte. En el lado izquierdo las del Sur, visibles en la madrugada del invierno desde el Tepeyac. El Este se ubica arriba y el Oeste en la porción inferior. Como el manto está abierto, hay otros agrupamientos estelares que no están señalados en la imagen, pero se encuentran presentes en el cielo. Así la Corona Boreal, se ubica en la cabeza de la Virgen, Virgo en su pecho, a la altura de las manos, Leo en su vientre, justo sobre el signo del Nahuil Hollín, con su principal astro denominado Régulo, el pequeño Rey. Gémini, los gemelos, se encuentran a la altura de las rodillas, y Orión, donde está el Ángel.

En resumen, en el manto de la Guadalupana se pueden identificar las principales estrellas de las constelaciones de invierno. Todas ellas en su lugar, con muy pequeñas modificaciones⁶.

De esta manera, quedó documentada, en la misma tilma, la fecha de la aparición de María en el Tepeyac, y su imagen expresa que es Señora de cielos y tierra. El color del manto —adornado con las constelaciones— habla de divinidad; y de realeza, el color del vestido y la finísima túnica.

Los naturales estaban acostumbrados al lenguaje de las representaciones plásticas, de manera que la figura de la Virgen en la tilma sin duda ayudó a la conversión a la verdadera fe. Los evangelizadores cap-

5. Cfr. LUQUE ALCAIDE, E.-SARANYANA, J.I., *La Iglesia católica y América*, p. 129.

6. *Las estrellas*, pp. 1 y 2. <http://spin.com.mx/-msalazar/7.html>.

taron este fenómeno, y en la alfabetización y catequesis en América, durante el siglo XVI, uno de los 27 autores franciscanos plasmó la doctrina en un documento pictográfico⁷.

3. LAS REPRESENTACIONES EUROPEAS DE NUESTRA SEÑORA

Aunque son variadísimas, en algunas se descubren semejanzas con la de Guadalupe, en México. Se trata de las representaciones de las Vírgenes orantes contemplativas gozosas⁸ —como las apocalípticas— representadas de tres maneras⁹:

1.^a La Virgen sin su Hijo, con los brazos abiertos, en actitud orante. Doce estrellas enmarcando la cabeza, sobre el pecho o el vientre un disco solar, y la luna a sus pies. Estas imágenes fueron el antecedente de la Inmaculada Concepción.

2.^a La Virgen rodeada por los astros, —que le dan un aspecto glorificado— entreabierto su seno, y allí su Hijo rodeado de rayos solares. Ella se encuentra en actitud orante, con los brazos abiertos. El detalle del seno maternal derivó en la Virgen de la Esperanza o de la O.

3.^a Nuestra Señora rodeada de estrellas acompañadas por el sol y la luna, sostiene en brazos a su Hijo; esto último le quita la característica de orante. Tal figura muchas veces se encuentra atacada por un dragón. Estas representaciones fueron precursoras de las Madonas románicas. Una variedad de este tipo es la sibilina¹⁰, que muestra a María dentro del sol y rodeada de rayos luminosos. Así se representaron posteriormente las Vírgenes aparecidas.

Respecto al color de la piel de las imágenes de la Santísima Virgen, las hay con diversas tonalidades: blancas, morenas —como la Almudena— y negras como la de Montserrat.

Un testimonio de la relación entre la Virgen de Guadalupe y las apocalípticas es el cuadro del siglo XVIII, donde Gregorio José de Lara plasmó la *Visión de san Juan en Patmos*¹¹. Representa al apóstol sentado bajo un árbol, contemplando arrobado a Nuestra Señora de Guadalupe, alada y suspendida en los cielos. A sus plantas se muestra al dragón

7. Cfr. SÁNCHEZ HERRERO, J., *Alfabetización y catequesis en España y América (s. XVI)*, en *Evangelización y Teología en América (siglo XVI)*, pp. 259-260.

8. Cfr. TRENS, M., *María, iconografía de la Virgen en el arte español*, p. 14.

9. Cfr. *Ibidem*, pp. 57-61.

10. Cfr. *Idem*, p. 67.

11. Óleo sobre tela, de 120x112 cm., que se conserva en el Templo de Coixtlahuaca, en Oaxaca.

de tres cabezas¹². Ella, recogida y serena, parece estar en otra dimensión, donde todo es paz y presencia de Dios¹³.

Santa María de Guadalupe pudo unir, en admirable coincidencia, la veneración prehispánica a la maternidad, con el culto milenarista a la Madre de Cristo, intercesora ante su Hijo y mediadora entre Dios y los hombres. Buen número de historiadores coincide en reconocer en ello un encuentro de tradiciones, una creación colectiva y singular de la Nueva España, una expresión cargada de valores bíblicos, símbolos prehispánicos, mundo ibérico y catolicismo mediterráneo que la convertían en devoción de españoles, indios, criollos, mestizos, mulatos, ricos y pobres.

Su presencia aparece definitiva en el proceso de evangelización. Su nombre marca el principio de la era cristiana en México y queda, desde entonces, como embrión de la nueva nacionalidad¹⁴.

4. EL DIÁLOGO CON JUAN DIEGO

A dos leguas de Tenochtitlán, en Cuautitlán, entre 1474 y 1480, nació Cuauhtlatatzin, perteneciente a la clase ínfima o *macehualli*. Más tarde se le conocerá como Juan Diego. Se casó con María Lucía, no tuvieron hijos y adoptaron a uno que después relató la vida de su padre. En 1548 murió Juan Diego, tras una vida dedicada a cuidar la pequeña ermita del Tepeyac¹⁵.

El Nican Mopohua¹⁶ se considera la narración más antigua de las apariciones guadalupanas. Para este trabajo, sólo se recogen textualmente los diálogos entre la Virgen y Juan Diego.

Primera aparición, el sábado 9 de diciembre en la madrugada:

— ¿Por ventura soy digno de lo que oigo?, ¿quizá sueño?, ¿me levanto de dormir?, ¿dónde estoy?, ¿acaso en el paraíso terrenal que dejaron dicho los viejos, nuestros mayores?, ¿acaso ya en el cielo? (...) oyó que le llamaban de arriba del cerrillo y le decían:

12. Esta es una muestra de que la iconografía guadalupana se relaciona con la Mujer Águila apocalíptica, en el momento de aniquilar a la bestia.

13. Cfr. *Artes de México, Visiones de Guadalupe*, pp. 10-11.

14. ZERÓN-MEDINA, F., *Felicidad de México*, pp. 49-50.

15. Cfr. SUÁREZ-GUANES, J., *Nuestra Señora de Guadalupe*, pp. 15-16 y 42.

16. El texto en náhuatl se atribuye a Antonio Valeriano, principal colaborador de Sahagún. Su existencia está bien datada: perteneció a Fernando de Alva Ixtlilóchitl (1578?-1650), descendiente de los reyes de Texcoco, lo heredó entre muchos papeles indígenas, lo tradujo al castellano y probablemente añadió algunas notas y hechos milagrosos. (Cfr. *Enciclopedia guadalupana*, tomo III, voz *Nican Mopohua*).

— Juanito, Juan Dieguito. (...) Juanito, el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas?

— Señora y Niña mía, tengo que llegar a tu casa de México Tlatilolco, a seguir las cosas divinas, que nos dan y enseñan nuestros sacerdotes, delegados de nuestro Señor.

— Sube y ten entendido, tú el más pequeño de mis hijos, que yo soy la siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios por quien se vive; del Creador cabe quien está todo; Señor del Cielo y de la tierra. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo para aquí mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa madre: a ti, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen; oír allí sus lamentos, y remediar todas sus miserias, penas y dolores.

Y para realizar lo que mi clemencia pretende, ve al palacio del obispo de México y le dirás cómo yo te envío a manifestarle lo que mucho deseo, que aquí en el llano me edifique un templo: le contarás puntualmente cuanto has visto y admirado, y lo que has oído.

Ten por seguro que lo agradeceré bien y lo pagaré, porque te haré feliz y

Merecerás mucho que yo recompense el trabajo y fatiga con que vas a procurar lo que te encomiendo. Mira que ya has oído mi mandato, hijo mío el más pequeño; anda y pon todo tu esfuerzo.

— Señora mía, ya voy a cumplir tu mandato; por ahora me despido de ti, yo tu humilde siervo.

Segunda aparición, el mismo día:

— Señora, la más pequeña de mis hijas. Niña mía, fui a donde me enviaste y cumplí tu mandato; aunque con dificultad entré a donde es el asiento del prelado; le vi y expuse tu mensaje, así como me advertiste; me recibió benignamente y me oyó con atención; pero en cuanto me respondió, pareció que no la tuvo por cierto (...) Comprendí perfectamente en la manera como me respondió, que piensa que es quizá invención mía que Tú quieres que aquí te hagan un templo y que acaso no es de orden tuya; por lo cual, te ruego encarecidamente, Señora y Niña mía, que a alguno de los principales, conocido, respetado y estimado le encargues que lleve tu mensaje para que le crean porque yo soy un hombrecillo, soy un cordel, soy una escalerilla de tablas, soy cola, soy hoja, soy gente menuda, y Tú, Niña mía, la más pequeña de mis hijas, Señora me envías a un lugar por donde no ando y donde no paro. Perdóname que te cause gran pesadumbre y caiga en tu enojo, Señora y Dueña mía.

— Oye, hijo mío el más pequeño, ten entendido que son muchos mis servidores y mensajeros, a quienes puedo encargar que lleven mi mensaje y hagan mi voluntad; pero es de todo punto preciso que tú mismo solicites y ayudes y que con tu mediación se cumpla mi voluntad. Mucho te ruego, hijo mío el más pequeño, y con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al obispo. Dale parte de mi nombre y hazle

saber por entero mi voluntad, que tiene que poner por obra el templo que le pido. Y otra vez dile que yo en persona, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, te envía.

— Señora y Niña mía, no te cause yo aflicción; de muy buena gana iré a cumplir tu mandado; de ninguna manera dejaré de hacerlo ni tengo por penoso el camino. Iré a hacer tu voluntad; pero acaso no seré oído con agrado; o si fuere oído, quizá no se me creerá. Mañana en la tarde, cuando se ponga el sol, vendré a dar razón de tu mensaje con lo que responda el prelado.

Ya de ti me despido. Hija mía la más pequeña, mi Niña y Señora. Descansa entre tanto.

Tercera aparición, domingo 10:

— Bien está, hijito mío, volverás aquí mañana para que lleves al obispo la señal que te he pedido; con eso te creará y acerca de esto ya no dudará ni de ti sospechará y sábetelo, hijito mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por mí has emprendido, ea, vete ahora; que mañana aquí te aguardo.

Cuarta aparición, martes 12 de diciembre de 1931:

— ¿Qué hay, hijito mío el más pequeño?, ¿a dónde vas?

— Niña mía, la más pequeña de mis hijas. Señora, ojalá estés contenta. ¿Cómo has amanecido?, ¿estás bien de salud, Señora y Niña mía? Voy a causarte aflicción: sabe, Niña mía, que está muy malo un pobre siervo tuyo, mi tío; le ha dado la peste, y está para morir. Ahora voy presuroso a tu casa de México a llamar uno de los sacerdotes amados de Nuestro Señor, que vaya a confesarle y disponerle; porque desde que nacimos, venimos a aguardar el trabajo de nuestra muerte. Pero si voy a hacerlo, volveré luego otra vez aquí, para ir a llevar tu mensaje. Señora y Niña mía, perdóname; tenme por ahora paciencia; no te engañó, Hija mía la más pequeña; mañana vendré a toda prisa.

— Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige, no se turbe tu corazón, no temas esa enfermedad, ni otra alguna enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?, ¿no estás bajo mi sombra?, ¿no soy yo tu salud?, ¿no estás por ventura en mi regazo?, ¿qué más has menester? No te apene ni te inquiete otra cosa; no te aflija la enfermedad de tu tío, que no morirá ahora de ella: está seguro de que ya sanó.

Sube, hijo mío el más pequeño, a la cumbre del cerrillo, allí donde me viste y te di órdenes, hallarás que hay diferentes flores: córtalas, júntalas, recógelas; enseguida baja y tráelas a mi presencia.

— Hijo mío el más pequeño, esta diversidad de rosas es la prueba y señal que llevarás al obispo. Le dirás en mi nombre que vea en ella mi voluntad y que él tiene que cumplirla.

Tú eres mi embajador, muy digno de confianza.

Rigurosamente te ordeno que sólo delante del obispo despliegues tu manta y descubras lo que llevas. Contarás bien todo: dirás que te mandé

subir a la cumbre del cerrillo que fueras a cortar flores; y todo lo que viste y admiraste; para que puedas inducir al prelado a que dé su ayuda, con objeto de que se haga y erija el templo que he pedido.

En los diálogos de Nuestra Señora con Juan Diego, se distinguen los dos planos de la Teología profética: «una *razón especulativa* —relativa a las cuestiones universales y abstractas, eternas, en algún sentido y permanentes—, y una *razón práctica* —ocupada de las cuestiones cambiantes y propias, tanto de épocas distintas, como de lugares diferentes—»¹⁷. Las cuestiones universales quedan claramente expresadas al hablar del verdadero Dios por quien se vive; las propias, en el modo de expresarse, adoptando el diminutivo y los circunloquios propios de los naturales.

5. CONSECUENCIAS PARA LA EVANGELIZACIÓN

Nuestra Señora de Guadalupe, al dejar su imagen, aceleró el proceso catequético y fomentó la piedad. Ella sabía la importancia que la representación gráfica tiene para los hombres, y parecería que se adelantó a la recomendación que, algunos años después, dio el Concilio tridentino.

La utilización de la imagen, como recurso didáctico para la enseñanza de la doctrina y expresión de las verdades religiosas, comienza prácticamente con el arte paleocristiano. Se puede hablar, de una manera amplia, de una catequesis iconográfica que surge de forma natural en el seno de las comunidades cristianas y que responde a la necesidad de manifestar la realidad histórica de la Revelación¹⁸.

Según Cárceles, en la sesión 25 del Concilio de Trento, en diciembre de 1563, se aconsejó la enseñanza de los misterios de nuestra redención por medio de pinturas u otras imágenes.

Para el análisis de los diálogos y del mensaje de Nuestra Señora, acudiremos a las ideas que el Arzobispo primado de México, Cardenal Rivera, expresó el 12 de octubre de 1997, pero estructurándolas de acuerdo con las partes que conforman el catecismo: credo, mandamientos, sacramentos y oración.

Credo: En la primera y en la segunda aparición, la Santísima Virgen habló de sí misma como Madre de Dios y Madre del verdaderísi-

17. SARANYANA, J.I., *Teología profética americana*, p. 262.

18. CÁRCELES LABORDE, C., *Los catecismos iconográficos como recurso didáctico*, en *Evangelización y Teología en América (siglo XVI)*, p. 1371.

mo Dios. Su Maternidad se relaciona con el dogma de la Encarnación —en el que está implícito el tema *Cristológico*— pues Jesucristo es verdadero Dios y Hombre verdadero, y Él es quien nos reveló al Padre. Por otra parte, en náhuatl se usan cuatro vocablos: Ipalmemohuani (Aquel por quien se vive), Teyocoyani (que está dando el ser a las personas), Tloque Nahuaque (Dueño que está junto a todo y lo abarca todo) e Ilhuicahua Tlaltipaque (Amo del Cielo y de la Tierra). Todo esto alude al *monoteísmo*, a la existencia del único Dios, Creador —nos crea y da la vida—, Omnipotente y Misericordioso —lo abarca todo y acompaña a todos—; Señor, dueño de cielos y tierra.

Nuestra Señora se nombró Virgen, siempre Virgen, y ello nos habla de la *Inmaculada Concepción*, exenta de pecado original.

En la cuarta aparición, María se mostró como Madre de los hombres y así roza la dimensión *eclesiológica* del Cuerpo Místico de Cristo.

Mandamientos: La Morenita del Tepeyac pidió suavemente, pero con exigencia, que se cumpliera su voluntad, porque detrás estaba la Voluntad de Dios, y solicitó a Juan Diego su mediación. Sus órdenes fueron muy precisas: ir al obispo a manifestar el deseo de María, e ir a cortar las flores que eran la respuesta a la prueba pedida, para fortalecer la fe.

Sacramentos: La Guadalupana buscó y acató el *sacerdocio* eterno de Nuestro Señor Jesucristo. Zumárraga, el obispo, representaba a su Hijo; por eso exigió que nada quedara fuera de su conocimiento y aprobación.

Oración: Nuestra Madre solicitó un templo, casa de oración. Allí esperaba mostrar su amor, compasión, auxilio y defensa. Ella expresó el deseo de que todos sus hijos la invoquen. Aquí se encierra el afán de María por ayudarnos y recompensarnos si cumplimos sus deseos, así como la llamada a la fraternidad, unidos en su Maternidad.

CONCLUSIONES

Siempre los logros catequéticos, en cualquier lugar del mundo, han estado precedidos, acompañados y sostenidos por la dulce guía de María, quien acorta el camino para que *venga a nosotros el Reino*.

La Santísima Virgen de Guadalupe, con su mensaje y su imagen, allanó muchas dificultades en el camino de la evangelización, trazado por los primeros frailes que llegaron a América. Y lo sigue haciendo, en forma personalizada, mediante el coloquio íntimo que los innumerables peregrinos, procedentes de todas partes, entablan con Ella.

Uno de los teólogos que estudiaron los problemas que surgieron con el descubrimiento del Nuevo Continente nos dice:

Con base en Santo Tomás, Vitoria afirmaba que la infidelidad de los indios era ignorancia invencible, y que no estaban obligados a creer de inmediato, bajo pecado, al predicarles la fe cristiana. La predicación debía ir acompañada de pruebas adecuadas, y los indios podrían pecar si no se convertían, pero no podían ser compelidos a aceptar la fe, ni siquiera los niños contra la voluntad de sus padres¹⁹.

El papel de Nuestra Señora eliminó la ignorancia invencible, no sólo en niños sino en todos, mediante una remoción espiritual generalizada. La Santísima Virgen logró arraigar la fe cristiana en los nativos de América. Una prueba de ello la encontramos en la publicación —hecha por Enrique Otte— de 650 cartas privadas del período 1540-1616. En ellas se muestran los rasgos de una profunda religiosidad, un conocimiento de la doctrina y un claro desarrollo de las virtudes cristianas²⁰.

La labor evangelizadora se inició en las Antillas, donde comenzó oficialmente a partir del segundo viaje de Colón en 1493. Durante cinco años, se encargó de esa labor Ramón Pané, ermitaño de la Orden de San Jerónimo. En su *Relación*, conservada por Hernando Colón, menciona sus explicaciones sobre Dios, creador del mundo, la enseñanza de las principales oraciones cristianas y cómo hacía memorizar el Símbolo de la fe. El religioso animaba a practicar las obligaciones del Decálogo, y después de cierto tiempo, incluso años, en los que comprobaba que podían cumplir habitualmente los preceptos morales, accedía a bautizar.

Saranyana comenta que hay que advertir dos aspectos en esta catequesis: la enseñanza de la fe por el dogma de la creación, quizá apoyándose en la sensibilidad religiosa de los naturales, y la práctica de la moral cristiana, condición necesaria para recibir el bautismo²¹. Pané inhibía la corrupción buscando la congruencia entre la conducta humana y las creencias. Asimismo, partía de los dogmas cristianos más cercanos a la religiosidad natural: la existencia de Dios y la creación del mundo²².

Como hemos dicho, María Santísima, en su diálogo con Juan Diego, deja claros esos dos aspectos: la realidad de Dios creador, y el deber de

19. PORRAS, G., *El regio patronato indiano y la evangelización*, en «Scripta Theologica», separata, pp. 765-766.

20. Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, V.-AMORES, J.B., *La sociedad española y la evangelización de América*, en *Evangelización y Teología en América (siglo XVI)*, pp. 84-85.

21. Luque y Saranyana señalan que en primer lugar, la catequesis buscaba alejar de la idolatría y enseñar la existencia de un solo Dios, Suma bondad y Creador del universo. También predicaban la inmortalidad del alma (vs. el animismo), los misterios de la Encarnación de la Redención. Además se enseñaban las oraciones principales. Se determinó que los adultos debían conocer los principales misterios de la fe (símbolo), el decálogo, los sacramentos y la oración dominical. (Cfr. *La Iglesia católica y América*, pp. 178-179, 191 y 257).

22. Cfr. SARANYANA, J., *Teología académica y profética americana*, en *Evangelización y Teología en América (siglo XVI)*, pp. 1037-1038.

cumplir la Voluntad de Dios. Hay otros datos de la catequesis que Nuestra Señora de Guadalupe adelantó: los fundamentos de la predicación, la existencia de Dios y de Jesucristo, el rechazo a la idolatría, y la obligación de los ya bautizados de practicar los mandamientos divino-positivos²³.

Como el lugar de enseñanza ordinariamente era en los atrios²⁴, María facilita esta tarea al darle tal importancia a los santuarios y ermitas. Además, al mandar a su mensajero con Zumárraga, fomenta el respeto al sacerdocio, en la figura de este prelado diocesano, y abre horizontes a los laicos, pues se apoya en el indio Juan Diego para convencer al futuro obispo de México de la construcción de un templo. Los escollos eran importantes, porque entonces había costumbres que confundían ámbitos de jurisdicción. Guillermo Porras recoge el siguiente texto de Vasco de Puga que ejemplifica lo que afirmamos:

La evangelización se fue realizando por los esfuerzos de las diversas Órdenes religiosas en todo el territorio de la Nueva España, que dividieron convenientemente, y con la colaboración del clero secular y de muchos seglares. A la vez, las disposiciones que llegaban de la península, en ocasiones estorbaban la organización que se dio a la Iglesia y la autonomía que debía tener. Por ejemplo, se mandó que los religiosos podían edificar monasterios en los lugares que parecieran convenientes al virrey, sin que fuera necesaria la licencia del prelado diocesano²⁵.

A MANERA DE EPÍLOGO

A lo largo de este trabajo, en varias ocasiones me he preguntado: ¿por qué Fray Juan de Zumárraga no habló del suceso?, ¿por qué, si tuvo la dicha de contemplar de cerca el ayate, no comentó públicamente el prodigio...?

Tal vez la respuesta se explique mejor con el siguiente testimonio.

El domingo, 10 de enero de 1999, varias personas —no más de diez— visitamos Tateno, humildísimo caserío delante de Cuyuaco, en el estado de Puebla, México. Si el camino a Cuyuaco es malo y terregoso, de allí a Tateno resulta mucho peor. Eran épocas de secas y no había peligro de lodazales, que hubieran provocado un atasco.

23. Cfr. ZAVALLA, Ana DE, *Sobre los capítulos perdidos de los «coloquios» sabaguntianos*, en «Scripta Theologica» XIX, fasc. 3, p. 780.

24. Ahí se impartían dos niveles de instrucción religiosa. El elemental: transmisión de las principales verdades de fe, las oraciones y las exigencias de la vida moral; el segundo nivel comprendía la enseñanza sistemática y más profunda de la doctrina y de las artes o gramática (esto se enseñaba a los hijos de los principales, que vivían en régimen de internado).

25. *El regío patronato indiano y de la evangelización*, pp. 763-764.

La familia Suárez —oriunda de la región— consiguió para nosotras lo que sólo se consigue para los parroquianos de Tateno: la exposición de la Custodia que contiene un milagro eucarístico y la celebración de la Santa Misa.

Nos recibió el Padre Fausto, párroco del lugar, quien nos condujo a una pequeña habitación —limpia y recogida— anexa a la iglesia, donde se encuentra el Sagrario: una rústica construcción de ladrillo. Ahí hicimos oración durante un buen rato, frente a la Custodia que sostiene el ostensorio de la Sagrada Forma, ligeramente manchada. Cuando el párroco impartió la bendición, noté que en la parte posterior de la Hostia no había señal alguna, estaba completamente blanca. Luego el Padre Fausto nos explicó que siempre coloca una Forma recién consagrada, para evitar la idolatría, en el caso de que en la Otra ya no estuviera Jesús.

El día de nuestra visita hacía aproximadamente tres años del sorprendente suceso: un grupo de adolescentes y de señoras se encontraba en adoración nocturna, durante un retiro espiritual, cuando de la Sagrada Forma «salieron una chispitas», que sólo algunos vieron. En la Hostia aparecieron unas gotitas de sangre.

El Padre Fausto emocionado nos decía: yo nunca he dudado, nunca he dudado, Él quiso que sucediera... Se corrió la voz, la gente empezó a cambiar, las rencillas desaparecieron, creció el fervor eucarístico, aumentó la afluencia al templo.

A ojos humanos aquello era una complicación, Puebla no estaba para milagros, había elecciones locales, cambiaría el gobernador. Existían bastantes problemas civiles como para complicarlos más con tal suceso.

Del obispado llegó una orden: destruir el testimonio. El Padre Fausto no tuvo valor para hacerlo y pidió ayuda. Enviaron a un prelado con la consigna de terminar con aquello. Tampoco pudo llevarlo a cabo. Empezó a romper la Forma y se detuvo... En vista de los resultados, el señor Obispo decidió que el suceso quedara dentro de la comunidad y no lo conociera nadie más.

En marzo del 2000 —cuatro años después del milagro— se encontraba un grupo de niños frente al Santísimo expuesto, con motivo de otro retiro espiritual. No todos ellos, pero sí varios —y el Padre Fausto también— vieron que la Hostia se iluminaba.

Pese a esta segunda evidencia, el miedo a las explicaciones, las supersticiosas interpretaciones de los curiosos, y muchos motivos más, mantienen el más absoluto sigilo en relación con el prodigio.

Yo me pregunto: ¿El temor a afrontar qué indeseables consecuencias, llevó a Fray Juan a mantener completo hermetismo en torno a los milagrosos acontecimientos del Tepeyac?